Día 5

SALMO 36

«Tu amor, Señor, llega hasta los cielos;
tu fidelidad alcanza las nubes»
(Sal. 36:5).

Este salmo es un lamento que contrasta la maldad del hombre y la bondad de Dios. Este contraste es marcado aún más por la ironía de las imágenes usadas por el autor. El hombre es malvado, y pareciera que está encerrado en su propia maldad sin ninguna salida. Sus pensamientos y deseos nacen de un entorno pequeño: su corazón, sus ojos y su cama, demostrando lo absurdo que es que el hombre malvado se jacte. La maldad de este hombre nace de él, y se enfoca en él; sus planes aborrecibles y sus pensamientos soberbios. Agustín comenta con respecto a este salmo: «La Palabra de Dios es tu adversario, si eres amigo de la impiedad…». [1]

La idea de tener a Dios y Su Palabra como nuestro adversario empeora cuando vemos realmente lo bueno que es Dios. Como contraste al hombre malvado, Dios es presentado como bueno, y Su bondad se extiende mucho más allá del hombre.

La bondad de Dios es resumida en misericordia, justicia, juicio, y Su fidelidad a preservar toda la creación. Incluso, irónicamente, el hombre malvado es sostenido por la bondad de Dios y, si Él desistiera de sostenerlo, el hombre malvado perdería todo lo que ha acumulado.

[1] Augustin de Hipona, «Expositions on the Book of Psalms» [Exposición sobre el Libro de los Salmos] en *Saint Augustin: Expositions on the Book of Psalms*, ed. Philip Schaff, trad. A. Cleveland Coxe, vol. 8, *A Select Library of the Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church, First Series* (New York: Christian Literature Company, 1888), 86.

Lo que es digno de reconocer es que, en este salmo, y a lo largo de la Biblia, no hay un hombre presentado como naturalmente bueno. Hay dos tipos de personas en el mundo: el malvado que sigue confiando en sí mismo y el malvado que ha confiado en Dios. A este último, Dios lo recibe en misericordia (v. 7) y, mediante la luz de Dios, es capaz de ver su maldad y la bondad de Dios con claridad. En ese sentido, los rectos de corazón (v. 10) no son así naturalmente, sino que su rectitud de corazón es producto de todo lo anterior: haberse saciado de Dios (v. 8), haber conocido la vida y la luz de Dios (v. 9).

¿Cuál es el punto? Es fácil juzgar al malvado por su necedad. Como cristianos solemos pensar que el malvado es otro, y no nosotros. Es difícil ver lo propenso que nosotros somos de retraernos dentro de nuestro propio corazón, nuestros planes aborrecibles y pensamientos soberbios. El salmista nos llama a lamentar la maldad no solo en el mundo, sino en nuestro propio corazón; y al dibujarnos una imagen clara y preciosa de la bondad de Dios, somos atraídos a rendirnos delante de Su misericordia.

Nuestra única esperanza para tratar con la maldad de este mundo y nuestro corazón es depender de la bondad y la misericordia de Dios.